

UNOS DÍAS EN BUENOS AIRES

Nacho Fonseca

Nada más llegar a Buenos Aires, se nos advierte de de dos detalles importantes: que los pasos de cebra tienen sólo un valor testimonial, y que los argentinos para saludarse no se dan más que un beso.

Después de patear mucho la ciudad, te das cuenta de que a Buenos Aires le sucede lo que a la Santísima Trinidad: hay muchos Buenos Aires distintos en un único Buenos Aires. Tengo la impresión de que a los porteños no les gusta demasiado que les digas que Buenos Aires se parece a París. Supongo que será porque están hartos de que se lo diga todo el mundo.

Vamos al mercado de domingo en San Telmo y nos perdemos entre la magia de la mañana en el mercado de viejo. Parece ser que San Telmo nació como el barrio de los trabajadores portuarios de Buenos Aires. Los vendedores y los contenidos de toda clase de los puestos parecen hechos a la medida del encanto de estas calles. Relojes que hace tiempo que detuvieron el tiempo; un león de bronce que me mira altivo desde encima del teclado de la vieja máquina de escribir en la que se redactó el primer contrato de Di Stefano con el RiverPlate; floridos jarrones rococó; el velo viejo de una novia; la pipa chamuscada de un viejo lobo de mar... del Plata; prismáticos que vieron a la Callas en el Colón; la portada del diario La Nación el día en que murió Perón; ejércitos de soldaditos de plomo en formación de desfile; una herradura de una pata del caballo favorito del gaucho Martín Fierro; la empuñadura de un sable que perteneciera al libertador San Martín; un sacacorchos oxidado que abrió en más de mil noches, hace ya cien años, el vino de Mendoza en las tertulias literarias del Tondoni; una tulipa de la lámpara del cuarto en el que durmiera Alfonsina Storni la noche antes de su suicidio; la cabeza despeinada de un muñeco de cartón; el primer bandoneón que tuvo de niño Piazzola; una pareja de copas de cristal de Bohemia, testigas de las conquistas de amor de un garufa anónimo; un bote de mate que perteneció a Cortázar...

No se ve mucha gente consumiendo mate por las calles de Buenos Aires, y los pocos que se ven son jóvenes. Me dice la señora que me sirve el café que los uruguayos son más de mate que los argentinos, y que aquí en Buenos Aires es verdad que son los jóvenes, sobre todo universitarios, los que están retomando la tradición. Entonces, de repente, el músico de la esquina, guitarra vieja en la mano, comienza a cantar "Malena" con sentimiento y a ti no te queda más remedio que venirte arriba y bendicir esta bendita mañana de domingo en San Telmo.

Decía Borges que sin las calles y los atardeceres de Buenos Aires sería imposible escribir un tango.

Y es que es bien larga la lista de cosas destacables que uno puede encontrar en Buenos Aires. De escoger sólo una, yo me quedaría con la amabilidad de la gente. Nunca estuvimos Aurora y yo en una ciudad con gente tan amable.

Si hay algo propio y agradable de la Avenida Corrientes, más que el "pisito que puso Maple" son la abundancia de librerías de viejo y los teatros. Serrat, que en esta ciudad es más que un dios, triunfa otra vez en su semana de actuaciones en el Gran Rex. Tomamos un vino en la

calle Lavalle y el camarero, un chico simpático, conversador y amante del arte del Renacimiento, nos cuenta que está ahorrando plata para ir a Florencia y Siena en agosto. Buena parte de los antiguos cines son ahora locales de predicadores.

Los sindicatos tienen en Argentina una enorme fuerza. De miércoles, la enseñanza pública está paralizada en el país... "entonces luche, luche, luche y que se escuche" es la consigna principal de la manifestación que colapsa Buenos Aires. Los sueldos, bajos y congelados, no pueden con una inflación exagerada y en continuo crecimiento, que tiene a los argentinos en perpetua protesta. Hay manifestaciones todos los días.

En la amabilísima compañía de unos amigos descendientes de asturianos, visitamos las impresionantes instalaciones del club de campo del Centro Asturiano. Hai socios veteranos jugando la partida que se alegran de ver por allí a dos de los suyos, carbayona y poleso para más señas. El presidente Juan Manuel Posada, que es casín, nos obsequia con algunos detalles, que le agradecemos mucho, como recuerdo de nuestra presencia.

El edificio noble del Centro Asturiano, un precioso edificio situado cerca del Parlamento, en el corazón mismo de Buenos Aires, muestra la grandeza y la importancia social alcanzada en esta ciudad por los asturianos a lo largo del último siglo en esta ciudad.

Nos sorprende también muy positivamente las instalaciones, el aspecto y el buen ambiente que encontramos en el Club Tinetense Residencia Asturiana, lugar en el que viven un importante grupo de asturianos de la tercera edad.

Hacemos una escapadita de dos noches a Iguazú desde el aeropuerto Jorge Newbery que es el que tiene la ciudad para vuelos locales. Aerolíneas Argentinas invita a café, agua o coca cola para un vuelo de escasamente dos horas. Pienso que las azafatas son cada vez más jóvenes, pero me doy cuenta inmediatamente de que no es así, que lo que ocurre realmente es que yo soy cada vez más viejo.

En el tren interior del Parque Iguazu, que nos acerca a las cataratas, compartimos asiento con una ingeniera agrícola que viaja con su hija adolescente, y que nos ofrece su teléfono en Buenos Aires, por si tuviésemos algún problema en la ciudad, y con un inglés aventurero y octogenario enamorado de Granada. Con nosotros viaja también la lluvia, que es la encargada de mantener la salud de esta selva y la gigantesca majestuosidad de las cataratas. Se me viene a la memoria, inevitablemente, la película "La Misión" y la música magistral de Ennio Morricone.

De vuelta en Buenos Aires, la ciudad está llena de puestos de flores. En el cementerio de La Chacarita hay rosas perpetuas en las tumbas de Gardel y de Alfonsina Storni.

De camino al museo de la memoria de la tristemente célebre Escuela de Mecánica de la Armada, hay ambiente de camisetas de fútbol en la Avda. del Libertador. A las tres juega River en casa.

En Buenos Aires está empezando la primavera.